

do Aleman escribió, no había invadido todavía el culteranismo nuestras letras; y así es mas puro que el de la generalidad de los escritores, de que en seguida hablaremos. Con tal ornato, el libro tuvo desde luego un éxito prodigioso; y la celebridad que dió á su autor es solo comparable á la que despues alcanzó Miguel de Cervantes, salvo que Aleman pudo saborearla durante su vida. Sirvanos de testimonio el elogio que acompaña las primeras ediciones de la segunda parte. «Oigan, exclama, las lenguas de los hombres; y las verán pregonar sus alabanzas, no menos en España (donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nacion), mas en toda Italia, Francia, Flándes y Alemania, de que puedo deponer de oídas y vista juntamente, y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle algunos el español divino. ¿Quién como él en menos de tres años y en sus días vió sus obras traducidas y en tan varias lenguas, que, como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos á luz, apenas habian salido del vientre de la imprenta, cuando, como dicen, en brazos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? Y las que salieron vivas que alcanzaron á gozar de alguna vida, ¿cuáles como las de nuestro autor salieron con tan ligeras alas, que hiriendo las de la fama, la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado y se les haya hecho famoso recibimiento? De cuáles obras tan en breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasen de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados, y de veinte y seis impresiones las que han llegado á mi noticia que se le han hurtado?» — No es preciso pasar adelante: cincuenta mil ejemplares impresos en menos de catóree años y mas de veinte y seis ediciones furtivas apenas fueron bastantes para satisfacer al público nacional y extranjero del ansia de leer este libro, sin contar las traducciones en francés, italiano, alemán é inglés, hechas para los que no podian leerlo en su original. En francés conocemos tres, que todas fueron leídas, aunque ninguna satisfactoria; la que prevaleció al fin por su elegancia fué la de Le Sage, que ha perpetuado este libro en Francia; si bien por las libertades que se toma el traductor, mas que una version, es una refundicion de la obra española, acomodada al gusto francés (1). El tiempo ha amortiguado aquella grande afición á la lectura del original, pero no ha disminuido su estimacion entre los sabios; y cuando uno del gusto y talento de don Leandro Fernandez de Moratín, trató de refundirla, eminente debe de ser su mérito.

Afición deshecha habia en el siglo de Mateo Aleman á aprovecharse de los pensamientos ajenos, usurpando á los autores la gloria de concluir las obras, cuyos argumentos de justicia les pertenecian. No bien á luz salía una, cuyo mérito le proporcionaba lectores, otros se presentaban al público con una segunda parte, como se ha tenido ocasion de ver en lo que llevamos escrito, sin que se tuviese consideracion á que el primer autor viviera, ni le parase el escrúpulo de que el héroe venia á ser propiedad de su primer inventor. ¿Podia libertarse un libro de la celebridad de *Guzman de Alfarache* de correr la misma suerte? No seguramente: el deseo de fama y la codicia del lucro lo hacian imposible. Apenas habia echado á volar Mateo Aleman su primera parte, cuando salía ya de las prensas la segunda, escrita, al decir, por un tal Mateo Lujan de Sayavedra, natural y vecino de Sevilla, nombre con que cierto abogado valenciano, llamado Juan Martí, hubo de disfrazarse. Mostróse diestro en el ejercicio de la pluma, pues un año le bastó para forjar su escrito. Incomodó á Aleman tamaño atrevimiento, que por otra parte miró como testimonio de la bondad de su obra; y desahogó en varios parajes de sus escritos su resentimiento; mas feliz en esto que en un caso igual lo fué años despues Cervantes, quien por el carácter de su continuador tuvo que morderse los labios y reprimir su enojo. El medio mejor de hundir al atrevido era dar una segunda parte, hermana de la primera; esto hizo Aleman con la misma fortuna que en circunstancias idénticas el autor del *Quijote*. La nueva obra de Aleman ha sido impresa infinitas veces; ante su brillante luz desapareció la de Lujan de Sayavedra, y sus ejemplares se hicieron rarísimos; cayendo en un olvido que cierto no merece, y de que el editor de esta COLECCION la ha rescatado (2).

diera hacer obra tan peregrina y admirable; que todo arguye y cambia en mayor gloria de su verdadero autor.»

(1) Uno de los traductores franceses de *El Guzman* fué Chapelain, hombre de instruccion no vulgar, y literato de los mas respetados que florecieron en Francia antes del reinado de Luis XIV. Merecia la estimacion de que disfrutó, por mas que las burlas que, sin atencion á su ancianidad honrada, prodigó Boileau á su poema *La Pucelle d'Orleans*, ridiculizasen despues su nombre. Fué de los fundadores de la Academia Francesa y el

encargado de escribir *El juicio del Cid* de Corneille, que salió á nombre de este cuerpo, y es el primer modelo que se vió en Francia de critica sensata y urbana; luego dirigió los primeros pasos de Racine, que sujetaba sus versos á su correccion, é hizo mas: exento de celos literarios, le proporcionó una pensión para continuar su carrera poética. Vese pues que eran hombres ilustres en las letras los que se dedicaban en Francia á la traduccion de libros españoles.

(2) Dos solas ediciones, dice el señor Aribau en el

La obra de Martí, llamemos al autor por su verdadero nombre, es á la verdad muy desigual: en el primer libro y parte del segundo nos complace lo bien que enlaza la fábula, la facilidad de su lenguaje, la gracia y estro de sus descripciones, las ocurrencias felices; y estamos prontos á ponerle al lado del escritor primitivo, perdonándole la audacia de meter su hoz en mies ajena, en gracia de haber sabido interesarnos; pero despues notablemente decae. ¿Tuvo hasta allí algun excelente guia que luego de súbito le faltó dejándole extraviado? Así se deduce de lo que el mismo Aleman escribió al principio del prólogo de su segunda parte (1). «Me aconteció (añade) lo que á los perezosos, hacer las cosas dos veces; pues por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo; de que viéndome, si decirse puede, robado y defraudado me fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra: con esto me ha sido forzoso apartarme lo mas que fué posible de lo que antes tenia escrito. Pecados tuvo Esau que, cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendicion (2).» Esto parece que explica suficientemente el misterio de por qué desde la mitad del segundo libro de repente se mete el continuador en enfadosas digresiones y se pierde como quien no sabe concluir lo que ha felizmente empezado. Con todo, si se suprimen los tres enormes capítulos en que, cortando el hilo de la historia, escribe un impertinente alegato sobre la nobleza de los oriundos de Vizcaya, y se hace alguna que otra escarda, de que no deja de necesitar tambien Mateo Aleman, resultará de esta segunda parte un libro ingenioso y no del todo desagradable. Aun sin tales supresiones debe agradecerse su publicacion como la de un repertorio curioso de ideas, de costumbres y de sucesos de su tiempo.

Era Martí buen gramático y hombre de grande erudicion y recto juicio. El mismo Aleman confiesa en el citado prólogo al lector (y en esta confesion no hay indicio ninguno de ironia), que no podía negar á su concurrente su mucha erudicion, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad, que le quedo *invidioso*, dice, y *holgara que fueran míos* (3). Despues de esta concesion franca expone los defectos que nota

discurso preliminar á los *Novelistas anteriores á Cervantes*, se hicieron de la obra de Juan Martí, ó sea Lujan de Sayavedra. No es de esta opinion Fúster en su *Biblioteca valenciana*, segun las palabras que se leen en el tomo 1, pág. 198: «Este libro, á pesar de las muchas impresiones que de él se hicieron, es sumamente raro, de modo que ni aun llegó á noticia de don Nicolás Antonio. Se reimprimió en Zaragoza y en Castilla; pero yo no he visto mas que la de Barcelona.» El mismo señor Aribau habla de tres: la hecha en Bruselas en 1604, que ha visto y manejado; la de Zaragoza, de 1602; y consta de la aprobacion de esta, que habia sido ya impresa en Valencia. Por consiguiente, el no dar á esta obra sino dos ediciones, en la pág. 28, fué una mera errata de imprenta.

(1) El ejemplar por donde se imprimió en la BIBLIOTECA carecia de este prólogo y de todos los demás principios, y así no se reimprimieron; lo cual es una lástima, por contener noticias curiosas acerca del autor y de la suplantacion de su obra. Estos principios son: despues del privilegio y licencias para la impresion, dados en Lisboa, donde se hallaba Mateo Aleman en 1604, su dedicatoria á don Juan de Mendoza, marqués de San German, comendador del Campo de Montiel, etc., capitán general del reino de Portugal; el prólogo al lector; y el elogio de Mateo Aleman, escrito por el alférez Luis de Valdés, de que hemos trascrito lo esencial en el texto y las notas, así como ahora lo hacemos tambien del prólogo, no dejando sin dar noticia de nada de lo que en ellos haya que sea digno de saberse para suplir en todo lo posible aquella falta. Nos guiamos por la edicion de Valencia de 1605, y por la que se hizo en Milan á costa de Juan Bautista Bidelo, en 12.º, año de 1615, en la cual tambien se publicaron dichos principios, pero que no es muy correcta.

(2) Lo mismo dice en su dedicatoria á don Juan de Mendoza: «Ya es conocida la razon que tengo en res-

ponder por mi causa en el desafio que me hizo sin ella el que sacó la segunda parte de mi *Guzman de Alfarache*; que si decirse puede, fué abortar un embrión para en aquel propósito, dejándome obligado no solo á perder los trabajos padecidos en lo que tenia compuesto, sino á tomar otros mayores de nuevo para satisfacer á mi promesa.»

(3) Habla con los continuadores de obras, y dice que él solo se diferencia de su contrario en haber este hecho segunda parte de su primera; y él en imitar la suya segunda. Y ofrecia hacerlo con la tercera si queria de mano hacer el envite, sabiendo lo habria de querer por fuerza: «confiado que allá me darán lugar entre los muchos; que como el campo es ancho, con la golosina del sugeto (á quien tambien ayudaria la codicia), saldrán mañana mas partes que conejos de soto, ni se hicieron glosas á la Bella en tiempo de Castillejo. Advierto en esto que no faciliten las manos tomar la pluma, sin que se cansen los ojos y hagan capaz al entendimiento; no escriban sin que lean, si quieren ir llegados al asunto sin descuadernar el propósito. Que haberse propuesto nuestro *Guzman* un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar el estado de la religion, y sacarlo de Alcalá tan distraído y mal sumulista, fué cortar el hilo á la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que solo es descubrir como atalaya toda suerte de vicios y hacer atraca de venenos varios: un hombre perfecto castigado de trabajos y miserias, despues de haber bajado á la mas infima de todas, puesto en galera por curullero de ella. Dejemos agora que no se pudo llamar ladrón famosísimo por tres capas que hurtó, aun fuesen las dos de muchísimo valor y la otra de parches; y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas publicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres; y vengamos á la obligacion que tuvo de volverlo á Génova para vengar



en su obra; mas le disculpa en seguida diciendo que de ellos saca en consecuencia la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos, á causa de que «los lleva su dueño desde los principios entablados á cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen á boca; porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda, el tiempo andando, la ocasion presente, como al rey don Fernando de Zamora para la infanta doña Urraca, su hija. Esto (prosigue) no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos; mas dice temeridad cuando se sale á correr con quien es necesario dejarlo muy atrás ó no venir al puesto (1).» Marti ofreció tercera parte si el cielo le daba vida antes de la eterna que todos esperamos; pero Aleman, por evitarle ocupar su tiempo en cosa excusada, dijole que tenia ya hecha la tercera suya, caminando con el precepto de Horacio para poderla ofrecer muy en breve. Por no haber tenido el señor Aribau la fortuna de leer este prólogo, nos dijo que ni uno ni otro cumplieron su designio; sin embargo, como vemos, no faltó á la del primer autor del *Guzman* sino ser conocida del público por medio de la imprenta; mas por lo que toca al segundo, es de presumir que con semejante noticia desistiese de su propósito (2).

Hablemos ya de Vicente Espinel, bizarro poeta natural de Ronda, á cuya correccion sujetaba el gran Lope de Vega en sus primeros años las juveniles lozanías de su musa. Vivió cerca de un siglo, honrando nuestro Parnaso, si bien con tan poco fruto, que al cabo de sus dias sostenia como Cervantes su cansada vida con los caritativos socorros del arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, nombre bien caro á los ingenios españoles. En su vejez publicó dedicándola á este prelado la *Vida del escudero Márkos de Obregon*, tambien del género picaresco. No tuvo inconveniente el ilustrado Arzobispo en admitir la dedicatoria de una obra que hoy parecerá poco análoga á su sagrado carácter; de donde se infiere que la novela no estaba entonces mal vista de las personas timoratas, como ni hoy lo estuviera á no haberse en manos de los escritores franceses convertido en piedra de destruccion y de escándalo. Tiró Espinel en su *Escudero* al blanco de escribir una obra en prosa que uniese la utilidad al esparcimiento; mas en ella, como buen viejo, con las aventuras de su héroe mezcló reminiscencias de sus propios sucesos, que han hecho creer á algunos que la vida del escudero es la misma vida del autor. No era Espinel tan pródigo como otros de sus contemporáneos en sacar á luz los partos de su entendimiento; y segun confesion suya estuvo luchando largo tiempo con la trabada guerra interior que le hacian el temor y la desconfianza. Al cabo se alentó con la aprobacion de hombres sabios; y hé aquí las personas con quienes consultó, que no estará de más saber los nombres de los criticos respetados en aquellos tiempos: fué el primero el licenciado Luis Tribaldos de Toledo, editor de las obras de don Diego Hurtado de Mendoza y de otras varias apreciables (á quien celebra como gran poeta latino y español, docto en las lenguas sabias y en las vulgares y como hombre de consumada verdad); luego el maestro fray Hortensio Félix Paravesin, tenido entonces por doctísimo en letras divinas y humanas y muy grande orador y poeta, pero considerado posteriormente como el Góngora de la prosa castellana; el padre Luis de la Cerda, á quien se respetaba por sus letras, cristiandad y rectitud; Lope de Vega, de quien así queria cobrarse de los consejos que le habia dado en su juventud, sujetándose por respeto á su fama al dictámen del que fué su discípulo, con modestia que le honra; Domingo Ortiz, secretario del supremo consejo de Aragon, reputado por hombre de excelente ingenio y notable juicio; y en fin, Pedro Mantuano, mozo á quien califica de mucha virtud y de muy versado en la lectura de autores graves.

Todos le infundieron ánimo acerca del valor de su escrito, pero no le determinaron á la impre-

la injuria de que dejó amenazados á sus deudos en el último capítulo de la primera parte, libro primero, y otras muchas cosas, que sin dejar satisfechas, pasa en indiferentes, alterando y reiterando, no solo el caso, mas aun las propias palabras. De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos.»

(1) El autor de el *Elogio* no es tan comedido en su critica: «Testifica esta verdad (el mérito de la primera parte) el valenciano que, negando su nombre, se fingió Mateo Lujan por asimilarse á Mateo Aleman. Y aunque lo pudo hacer en el nombre y patria, en las obras no le fue posible sin que se descubriese su malicia y haberlo hecho movido de codicia del interés que se le pudo seguir; y no seria poco, pues en el mismo año que salió lo

compré yo en Flandes, impreso en Castilla, creyendo ser legitimo, hasta que á poco leído, mostró las orejas fuera del pellejo, y fué conocido.»

(2) Reconocemos como nadie el gran valor literario del *Discurso preliminar* que precedió al tomo de *Novelistas anteriores á Cervantes*; y no es un vano deseo de criticar el que nos ha movido á hacer estas advertencias, sino el laudable ahinco de adelantar cuanto sea dable el conocimiento de la historia literaria. No pretendo por ellas darne ningun género de superioridad sobre el señor Aribau, ni suponerme capaz de darle lecciones: haber adelantado algo mas las noticias con lograr á las maos un ejemplar raro y peregrino, no es mérito, sino casualidad y fortuna.

sion, á la que al cabo le decidió un suceso inesperado. Habiendo prestado á cierto caballero amigo suyo algunos cuadernillos del manuscrito, otro á quien él conocia se apropió uno de los episodios, y lo dió por suyo, creyendo que la obra nunca veria la luz. Su plagio aceleró este caso, y se publicó en 1618, aunque los principios del libro son del año anterior (1). El aplauso con que fué recibido excedió todas sus esperanzas; y aun pudo gozarlo algunos años impreso, si bien no tantos como supone don Nicolás Antonio, que alarga la muerte de Espinel hasta 1634, pues ya cuatro años antes habia publicado Lope de Vega su *Laurel de Apolo*, donde le celebra como bajado á la tumba (2).

(1) Segun don Nicolás Antonio se hicieron en 1618 dos ediciones, una en Madrid por Juan de la Cuesta, y otra en Barcelona por Pedro Margarit, en 4.º Poseemos un ejemplar muy bien tratado, pero sin portada, de otra edicion antigua en 8.º, que debió ser hecha por esta de Barcelona, como se infiere de tener la aprobacion dada por Luis Pujol en 12 de enero de 1618, por encargo del ilustrísimo señor don Luis Sans, obispo de Barcelona.

Hé aquí los principios de la edicion de Madrid: 1.º Auto del Consejo Real. — 2.º Tasa, fecha 12 de diciembre. — 3.º Fe de erratas, á 9 de diciembre. — 4.º Privilegio dado á 12 de noviembre. — 5.º Aprobacion sin fecha, del abad de San Bernardo. — 6.º La del ordinario, por el doctor Gutierrez de Cetina. — 7.º Otra de fray Hortensio Félix Paravesin, quien asegura que «el estilo, la invencion, el gusto de las cosas y la moralidad que deduce dellas arguyen bien la pluma que las ha escrito tan justamente celebrada en todas naciones. A mi, á lo menos, de los libros deste argumento me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá.» — 8.º Dedicatoria del autor al arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, padre de los pobres y amparo de la virtud, que dice así: «No será Márkos de Obregon el primero escudero hablador que ha visto vuestra señoría ilustrísima, ni el primero que con humildad se ha postrado á besar el pié de quien tan bien sabe dar la mano para levantar caidos; mas será el primero escudero que se ha confesado por ignorante, á lo menos en querer escudriñar y revolver los profundos archivos de las excelencias y prerogativas heredadas y adquiridas que se descubren de ese magnánimo y valeroso pecho: la inviolable verdad, raíz de tan inmensas y gloriosas virtudes como han resplandecido y resplandecen en vuestra señoría ilustrísima desde el principio de su dichoso nacimiento; piedad ingénua para todos, y en algo no imitable, cuando en los trabajos del señor don Gonzalo Chacon, su hermano, habiendo enternecido las entrañas de Dios, despues de haber consumido y gastado vuestra señoría ilustrísima todo su patrimonio, aun no se contentó hasta quedarse á pié: hecho que no hay ojos que no humedezca, ni corazon que no ablande; justicia con mansedumbre, liberalidad con discrecion, misericordia con suavidad, y todas las demás encadenadas con la divina virtud de la prudencia. Las heroicas obras que vuestra señoría ilustrísima por la devocion de su santo pecho, así materiales como espirituales, ha hecho, ¿quién lasha igualado de san Eugenio y san Ildefonso acá? Si: todas las grandezas y virtudes de los antecesores se han cifrado y recogido en el pecho de vuestra señoría ilustrísima; tan grandes limosnas como se hacen en todo el Arzobispado por manos de sus piadosos ministros, que vienen á montar mas de setenta mil ducados. Pero ¿qué milagro, si siendo vuestra señoría ilustrísima canónigo de Sevilla, daba la mitad de su renta de limosna? Pues, ¿las materiales obras hechas en la cabeza y de las mas iglesias del arzobispado? ¿y esta última de la renovacion ó reedificacion del santo sagrario de Toledo, que tan grande suma costó de oro y plata, como se vio en lo que escribió el licenciado don Pedro de Herrera

en lenguaje, aunque claro, elegante y verdadero? El santo y enriquecido monasterio que, por mandado y expensa de vuestra señoría ilustrísima, se ha hecho en Alcalá de Henáres con tanta renta y gasto, para encerrar en el aprisco de Dios hijas de criados suyos, que sirvan á su esposo Jesucristo, tan rico de estatutos justos y santos como de renta y artificio? El insigne, en edificio, santidad y devocion, monasterio de los Capuchinos, que tan milagrosos efectos hace á fuerza de virtud en la ciudad de Toledo, enviando almas al cielo que rueguen por vuestra señoría ilustrísima? La maravillosa obra ó reedificacion de la santa capilla donde la Virgen sacratísima honró tanto á su siervo Ildefonso con su admirable descension, dándole aquel preciosísimo don de la casulla que tan de nuevo resplandece y resplandecerá para siempre? Mas en las grandezas de que todo el mundo está lleno, ¿para qué tengo de gastar tiempo y palabras? Y porque mi Escudero no se alienta ni atreve á entrar en tan inmenso piélago, siendo así que por los efectos se rastrean las causas, quien viere las plantas que se han cultivado y crecido á la sombra de tan espaciosa y fértil palma, echará de ver la virtud y valor que della se esperece por el mundo; la compostura, discrecion y agrado de Bernardo de Oviedo, secretario del Rey, nuestro señor, y de vuestra señoría ilustrísima, y la limpieza y verdad con que usa su oficio; el término, sagacidad y buenas correspondencias tan desinteresadas de Luis de Oviedo, camarero de vuestra señoría ilustrísima; la entereza y verdad de Francisco Salgado, alguacil mayor de la santa Inquisicion; y las demás piedras vivas que han recibido luz de las centellas que salen de esa piedra angular. No quiero cansar á vuestra señoría ilustrísima, pues Dios le crió tan enemigo de oír sus alabanzas. Ofrezco á vuestra señoría ilustrísima este humilde y miserable trabajo, no para defensa suya, sino para honra y amparo de su dueño, que si fuere malo será malo y mio, y si bueno será de Dios y de vuestra señoría ilustrísima á quien, etc. — El maestro Vicente Espinel. — 9.º Prólogo al lector.

Cuando se publicó *El escudero Marcos de Obregon* en la BIBLIOTECA no fué posible poner estos principios, que lo merecian, ó cuando menos la dedicatoria, una vez que la intencion del autor fué que el nombre de su insigne favorecedor fuese unido á su libro en signo de gratitud.

(2) Sobre el año en que nació Espinel han andado discordes los autores por no acudir á la verdadera fuente. Para la *Noticia crítico-bibliográfica*, escrita con hermosa elegancia y exquisita erudicion, que acompaña al tomo primero de *Novelistas posteriores á Cervantes*, no pudo tenerse á la vista la fe de bautismo de Espinel, documento que debe cortar para siempre la cuestion. En la parroquia de Santa Cecilia, en el arrabal de la ciudad de Ronda, llamado el Mercadillo, existen seis libros antiguos de bautismos, y en el segundo, fol. 36, partida primera vuelta, hay la siguiente: «Año 1551. — En domingo, 28 de diciembre, año susodicho, bapticé yo Francisco de Valdealmendras á Vicente, hijo de Francisco Gomez y de su legitima mujer Juana Martin. Fueron sus padrinos Gonza-



El *Escudero* extendió su reputacion desde España al resto de Europa; y Voltaire, que sin duda no le leyó y habló de él por solo su fama, creyó que habia servido de original y de base á Le Sage para la composicion del *Gil Blas*. No es esto exacto, porque examinada en su totalidad la obra francesa, difiere de la española; pero aquel autor, que semejante á la abeja libaba su miel en donde quiera que encontraba jugo para elaborar su panal, estudió el *Escudero* y se valió de él para algunos de sus episodios. Ya veremos luego que otro literato francés supuso que del mismo libro habia sacado su historia de *Estebanillo Gonzalez*: ¡tan llenas estaban las cabezas francesas de nuestro buen *Escudero*! El estilo de este es puro y correcto, sin mezcla del mal gusto que comenzaba á enseñorearse de las letras; pero seria de desear que fuese mas rápido y conciso, ejemplo dado por Mendoza en el *Lazarillo* y que ninguno de sus sucesores imitó. Conócese la edad en que Espinel escribia: como anciano es moralizador, y se apelmaza y repite en sus reflexiones; como anciano le recrean los recuerdos de su juventud, y haciendo viajar á su escudero por los mismos paises que él habia recorrido en aquellos floridos años de su vida, se detiene en profusas descripciones, que si al escribirlas halagaban su memoria, son hoy fatigantes para el lector. Por lo demás el plan está hábilmente combinado, y la accion camina derechamente á su fin.

Poco tiempo despues Jerónimo de Alcalá Yañez y Ribera, hijo de Segovia, donde nació en 1563, hizo participante al público de la *Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos años*, que las omnímodas facultades que los editores se arrogaban en materia de títulos convirtió en el de *El Donado hablador*, por el cual es mas conocido. El doctor Alcalá estudió en aquella ciudad la lengua latina bajo la direccion del padre Hernando de Mendoza, quien por su virtud y letras fué despues electo arzobispo de Charcas. No queremos omitir (como noticia curiosa) que empleó tambien un verano en oír la explicacion de los himnos eclesiásticos á San Juan de la Cruz, primer carmelita descalzo, poeta y santo á la vez, el cual los explicaba en su convento á varios religiosos y estudiantes seculares. Por humanos respetos dejó esta carrera, y se dedicó en Valencia al estudio de la medicina; en cuya facultad graduado, volvió á su patria á ejercer su profesion. Granjeóse nombradía y medios para sostenerse decentemente, y solicitó y obtuvo la mano de doña Maria Rubion, señora distinguida del pueblo. Su facultad y las amenas letras le ocuparon privativamente desde entonces. De varias obras que compuso, y que fueron por cierto recibidas con frialdad, la que hace á nuestro asunto es la citada, por la cual reconquistó el terreno perdido con las otras. Imprimióse en Madrid en 1624 la primera parte, y leída con gusto y buseada, se animó á componer la segunda, que dió á luz en Valladolid dos años despues. Si valen algo los elogios que la acompañaron, es la obra de un mérito relevante; y por cierto que en esta ocasion no fueron del todo injustos. Ofrece poca novedad el pensamiento de ella, casi idéntico al de la novela de Espinel, á quien no iguala; pero ni carece de estilo y gracia, ni los hechos dejan de estar contados clara y limpiamente, y sazonados con discretas reflexiones. Valióse del diálogo para desenvolver su argumento, novedad que no aprueban todos, y en cuyo desempeño no fué muy afortunado. La curiosidad pública ha consumido, sin embargo, varias ediciones de *El Donado hablador*; mas haciéndose estas de surtido y por libreros ávidos, mas atentos á su ganancia que á la reputacion del novelista, son todas ellas defectuosas, y se encuentran llenas de crasos errores. La menos mala se hizo por los años de 1804 en Madrid, imprenta de Ruiz, en dos tomitos en 8.º Falleció Jerónimo de Alcalá Yañez, á los sesenta y nueve años de su edad, en 1632.

Con mas profundos conocimientos que todos los anteriores, con una erudicion prodigiosa en todo género de facultades sagradas y profanas, con una fantasia sobre toda comparacion rica y original, y con un dominio absoluto sobre la lengua, á quien hacia plegarse como una esclava á todos sus caprichos, se presentó en la palestra don Francisco de Quevedo escribiendo su *Historia de la vida del Buscon, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Convirtieron los editores este título, por largo y redundante, despues de la muerte del autor, en *Historia de la vida del gran Tacaño*, y es el que por mas laconico y expresivo ha consagrado el uso. Capacidad tenia Quevedo para ponerse al frente de todos los novelistas picarescos; pero en sus obras de imaginación

lo Hernandez y el bachiller... (no puede leerse, pero parece que dice *Camacho*), y las madrinas Maria de Leon y Cathalina Alonso.— *Francisco de Valdealmendras*.

Asi consta de una certificacion original, dada por don Fernando de Cabrera y Rivas, colector y teniente cura de dicha parroquia de Santa Cecilia de la ciudad de Ronda, en 12 de enero de 1799. No cabe duda en que los citados señores fueron padres de Vicente Espinel,

aunque no conformen sus apellidos con el del hijo, que lo tomó de una de sus abuelas maternas, como era frecuente en el siglo xvi. Lope de Vega dice en su *Laurel de Apolo* que vivió noventa años; pero segun el dato que publicamos, habiendo muerto antes del año 1630, y segun la opinion mas seguida en 1623, pasaba poco de los setenta cuando murió. La expresion de Lope de Vega solo puede considerarse como una hipérbole.

ción jamás apuró sus fuerzas gigantescas: hacíalas por pasatiempo; y por mas que fuesen las de un Hércules, siempre se resienten de no haber sido maduramente meditadas. Mas si por esta causa *El Buscon* no es tan eminente en la idea del plan, ni tan rico en pormenores, ni tan escogido en el lenguaje como el *Guzman de Alfarache*, su invencion es mas espontánea; hay mayor travesura en las ideas, mayor desenfado en la diccion, mas viveza en las descripciones, y libre de pesadeces, produce mas agrado en mayor número de lectores. Quisiéramos que el autor, que con facilidad se dejaba llevar de la exageracion en todo, hubiese suprimido ciertas escenas repugnantes, y atenuado algunas pinceladas duras: con lo cual, sin perder nada de vivacidad y de energia, hubiera ganado en entonacion el cuadro. Pero ¿seria igualmente oportuno pedir que, dedicando mayor cuidado á la elaboracion de sus periodos, hubiese imitado la prosa abundante, sonora y admirablemente contorneada de Cervantes? Ha sido sabia la naturaleza en la inmensa variedad que manifiesta en sus obras; con ella aumenta indefinidamente nuestros placeres; y es fortuna que los grandes escritores no se parezcan, pues la diversidad, la misma contrariedad de sus cualidades sirve para multiplicar nuestros goces y para evitarnos el cansancio. La profundidad del talento de Cervantes se distingue por tal jovialidad urbana y tal nobleza de elocucion, que encantan; la de Quevedo por una originalidad incorrecta y cierta truhanesca agudeza de pensamiento y de expresion, que nos entretienen y admiran. Si hubiera puesto mas cuidado y estudio en redondear su frase y purificar su diccion, por el ejemplo de los buenos modelos, que nadie mejor que él conocia, ya no habria sido el mismo; hubiera dejado de mostrarnos su carácter con tanta franqueza y desnudez, y su estilo hubiera sido menos incisivo y denodado. Aceptemos pues con gusto una circunstancia que nos ofrece esta ventaja, aunque la ericen otros inconvenientes, y consideremos á Quevedo como un gran escritor y un modelo arriesgado. El giro caprichoso que impone al estilo el carácter peculiar de su ingenio, cuanto mas natural, es mas inimitable; y así es mas para admirado que para seguido. Cuarenta ediciones conocidas, desde la primera que se hizo en Zaragoza en 1626, y varias traducciones á diversas lenguas responden satisfactoriamente de la popularidad del *Buscon*. Fué, como todas las obras sobresalientes, censurado con acritud y realzado con exageracion; y mientras la envidia y el encono lo rebajaron hasta calificarlo de chocarrera farsa, por una reaccion natural, la admiracion apasionada lo puso á par del *Guzman de Alfarache*, y aun quiso que hombrease con el hidalgo de la Mancha. Ni uno ni otro merece: el odio y el amor son igualmente exagerados (1).

Adquirieron los escritores españoles en el género picaresco tal facilidad, que aun escribiendo de otras materias, su pluma parece se torcia á este género: así el ya citado Cristóbal Suarez de Figueroa escribiendo su vida en el libro que compuso con el título de *El Pasajero*, y tratando de poetizarla con algunas circunstancias extraordinarias para amenizar su relato, llegó á formar quizá sin advertirlo una novela picaresca, lo mejor acaso que produjo su pluma, fuera de esto, no muy delgadamente tajada (2). Publicóse este libro en el mismo año, aunque meses despues, que el *Persiles*, y precedió por lo tanto á *El escudero Marcos de Obregon*. Pocos habrán reparado en esta especie de novela, que se halla envuelta en el libro entre multitud de materias; pero tiene bellezas que la hacen digna de verse separada de tanto farrago. Es sobre todo excelente la relacion que hace á Figueroa el ventero cercano á Granada y antiguo soldado en el Piamonte, de la vida que llevó desde que dejó el servicio hasta que dió con su obesa humanidad en aquella posada.

Algunas veces nos hemos puesto á reflexionar en qué pudo consistir la propension y el estro que manifestaron los escritores, y la aficion innegable que se desplegó en los leyentes, hacia un género que, tomando por argumento el modo de vivir de gente soez y perdida, no puede menos, á pesar de sus oportunas gracias, de parecernos grosero. En una sociedad ya adelantada en las artes del lujo como aquella, no concibe esta bajeza el refinamiento de nuestras ideas y la delicadeza de nuestros actuales gustos. La explicacion de semejante fenómeno es menester buscarla en las costumbres. Recibia entonces la nobleza española una educacion varonil y poco regalada, que al paso que sostenia su energia de cuerpo y de alma, la separaba menos de las clases infimas del

(1) Hemos sido breves en el juicio de Quevedo: ¿qué se puede decir de este autor despues de los estimables trabajos que nuestro buen amigo don Aureliano Fernandez Guerra ha escrito y publicado en el tomo xxiii de esta BIBLIOTECA?

(2) Lleva por título *El pasajero, advertencias utilísimas á la vida humana, por...* A la excelentísima república de Luca. En Madrid, por Luis Sanchez, 1617.—

En 8.º La censura del ordinario dada por el doctor Gutierrez de Cetina está fecha en Madrid en 24 de julio de 1617; la del Consejo, por fray Juan de Camargo, rector del colegio de Doña Maria de Aragon, á 10 de agosto del mismo año. Lo que llamamos novela comienza al folio 286, y concluye, ó debe cortarse, al 379.